Domingo 33 del tiempo ordinario, ciclo B. La escatología. El fiel cristiano espera la venida del Señor - no el fin del mundo - vigilando y trabajando, y viviendo y santificando el tiempo presente con intensidad y serenidad. La consulta de horóscopos, la astrología, la quiromancia, la interpretación de presagios y de suertes, los fenómenos de visión, el recurso a «mediums» encierran una voluntad de poder sobre el tiempo y están en contradicción con el honor y el respeto, que debemos solamente a Dios.

❖ Cfr. 33 semana tiempo ordinario Año B 15 noviembre 2009

Daniel 12, 1-3; Hebreos 10,11-14.18; Marcos 13, 24-32

cfr. Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture*, Anno B Piemme 1996, pp. 330-335; Nuevo Testamento, Eunsa 2004, Marcos 13, 24-27; 28-37.

Marcos 13, 24-32: 24 « Mas por esos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, 25 las estrellas irán cayendo del cielo, y las fuerzas que están en los cielos serán sacudidas. 26 Y entonces verán al Hijo del hombre que viene entre nubes con gran poder y gloria; 27 entonces enviará a los ángeles y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo. 28 « De la **higuera** aprended esta parábola: cuando ya sus ramas están tiernas y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. 29 Así también vosotros, cuando veáis que sucede esto, sabed que El está cerca, **a las puertas**. 30 . Yo os aseguro que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda. 31 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. **32 Mas de aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre.**

Versículos que siguen al texto de **Marcos** leído hoy, vv. **33-37**: 33 « Estad atentos y **vigilad**, porque ignoráis cuándo será el momento. 34 Al igual que un hombre que se ausenta: deja su casa, da atribuciones a sus siervos, a cada uno su trabajo, y ordena al portero que vele; 35 **velad**, por tanto, ya que no sabéis cuándo viene el dueño de la casa, si al atardecer, o a media noche, o al cantar del gallo, o de madrugada. 36 **No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos**. 37 Lo que a vosotros digo, a todos lo digo: ¡**Velad!**»

1. Las imágenes simbólicas sobre el ingreso de Dios como juez en la historia

- «24 el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, 25 las estrellas irán cayendo del cielo, y las fuerzas que están en los cielos serán sacudidas»
- Son imágenes que se han de interpretar no literalmente, sino simbólicamente.
- Ya en el Antiguo Testamento el ingreso de Dios como juez de la historia y del mundo era descrito de ese modo, por ejemplo: **Isaías 13, 9-11**: «9 He aquí que el Día de Yahveh viene implacable, el arrebato, el ardor de su ira, a convertir la tierra en yermo y exterminar de ella a los pecadores. 10 Cuando las estrellas del cielo y la constelación de Orión no alumbren ya, esté oscurecido el sol en su salida y no brille la luz de la luna, 11 pasará revista al orbe por su malicia y a los malvados por su culpa. Haré cesar la arrogancia de los insolentes, y la soberbia de los desmandados humillaré»; **Isaías 34,4**: «se esfuma todo el ejército de los cielos. Se enrollan como un libro los cielos, y todo su ejército palidece como palidece el sarmiento de la cepa, como una hoja mustia de higuera».

2. El centro de la descripción de Jesús no está en una catástrofe cósmica, no está en el fin del mundo, sino más bien en la «venida del Hijo del hombre» que es la finalidad del mundo es decir, la meta hacia la cual se dirige la historia para llegar a su plenitud

- **El fin (destrucción, desaparición del mundo), y la finalidad del mundo en cuanto meta hacia la cual se dirige: Cristo y su ingreso en la historia**
- Gianfranco Ravasi: “Sin embargo, el centro de la descripción de Jesús no está en una catástrofe cósmica, no está en **el fin** [la desaparición] **del mundo**, sino más bien en la «venida del Hijo del hombre» que es la **finalidad del mundo**, es decir, la meta hacia la cual se dirige la historia para llegar a su plenitud” (Ravasi o.c. p. 330). “Hay un doble modo de considerar el adjetivo «último»: se puede entender como la meta de un itinerario o de una espera, o bien el fin de una cosa, es decir, el último instante de vida. Se trata de la diferencia que hay en italiano entre **el fin** de una realidad [su finalidad] y su **su fin** [su desaparición]. El énfasis de de las palabras de Jesús recae sobre el fin [finalidad] de la historia, aunque en el lenguaje usado tal vez parece orientarse sobre el fin [desaparición]del mundo” (Ravasi o.c.. p. 333).
- Gianfranco Ravasi: “Jesús remite a un famoso libro apocalíptico del Antiguo Testamento, el libro de Daniel (7,

13-14), en el que se introducía la aparición gloriosa del «Hijo del hombre que venía en las nubes del cielo para recibir el poder, honor y reino, y para ser servido por todos los pueblos, naciones y lenguas». Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás. La tradición judía y cristiana ha visto en esta página el ingreso del Mesías en la historia. Y es bajo esta luz que ahora debemos leer el anuncio de Jesús. Cristo ha venido ya al mundo para imprimir un cambio radical en la historia humana. Ya se ha dado la inauguración del Reino de Dios, cuya realización es, sin embargo, lenta, aunque hay un crecimiento progresivo. Cuando se llegará a la plenitud, entonces Cristo «entregará a Dios Padre el Reino para que Dios sea todo en todos» (1 Corintios 15, 24.28)”. (cfr. Ravasi pp. 330-331; 333)

- Nuevo Testamento, Eunsa, Marcos 13, 24-27: “Tras el tiempo de la Iglesia militante, viene el tiempo del Hijo del Hombre triunfante. El destino del mundo se resume en el momento glorioso en el que Jesús viene a juzgar al mundo y salvar a sus elegidos (vv. 26-27). Los sufrimientos de los cristianos son el camino que conduce a la venida gloriosa del Hijo del Hombre.

3. En la espera, el cristiano debe vigilar y trabajar

▪ La imagen de la higuera

- Gianfranco Ravasi p. 331: “Esta actitud está descrita por Jesús por medio de la parábola de la higuera, una imagen popular para indicar los cambios de las estaciones: al contrario de la casi totalidad de las otras plantas de Palestina, la higuera pierde las hojas en invierno, en primavera produce los brotes que, al crecer, nos señalan la inminencia del verano y de los frutos. El cristiano debe vivir con los ojos abiertos, no ablandado o chocho con las distracciones o el goce ciego, no sentado en los márgenes del río de la vida sino como el centinela que escruta los signos del acercarse de Dios, de su venida hasta «las puertas» de nuestras ciudades y de nuestras casas. Esta irrupción está siempre «cercana» a cada generación, ya sea a la contemporánea de Jesús que a la del lector de todos los tiempos, porque cada uno tiene a disposición solamente este espacio limitado de tiempo para esperar su venida.

- Gianfranco Ravasi p. 334: “Para entender con finura la imagen de la higuera, es necesario conocer el sistema climático de Palestina: la vegetación es siempre verde, con la excepción de la higuera que pierde las hojas en invierno. Prácticamente existen sólo dos estaciones, y la primavera es un período muy breve entre el invierno y el verano. Por tanto, la higuera es el único árbol que señala de modo visual el verano con el brote de sus yemas y, enseguida, el calor hace que explote el follaje y estamos en pleno verano. Hay, por tanto, un breve arco de tiempo para observar la primavera y los signos son mínimos, ligados a los tiernos brotes. Dios se presenta así, como una aparición veloz y secreta; hay que tener ojos vigilantes, mente aguda y corazón preparado para acogerlo”.

▪ Como la fecha de la llegada y la plenitud del Reino está escrita sólo en la mente de Dios y en su proyecto de salvación, es inútil proponer los horóscopos

- Gianfranco Ravasi : Pero la fecha de la llegada y la plenitud del Reino está escrita sólo en la mente de Dios y en su proyecto de salvación. Es inútil proponer los horóscopos y agitarse frenéticamente con hipótesis de ciencia ficción o de ficción teológica, como suelen hacer también hoy día ciertas sectas apocalípticas. El creyente, que vive atento a los signos de los tiempos, vive con intensidad y serenidad su presente, “su generación”, guiado por la Palabra de Cristo que no pasa, en espera de aquella palabra decisiva y definitiva que será pronunciada por Dios en el momento oportuno y solamente conocido por El”. (Ravasi o.c. p. 331).

▪ La imagen de “estar en la puerta”

- Gianfranco Ravasi o.c., p. 334: “Es sugestiva la expresión usada por Jesús: Dios está siempre «cerca, está en la puerta». Se trata de una imagen que volverá a ser presentada en el Nuevo Testamento para exhortar a la acogida del Señor que pasa. «mirad que el Juez está ya a las puertas» (Santiago 5,9). Y así la estupenda mini-parábola del Apocalipsis (3,20): «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo».

▪ La lección de Jesús es doble

- Gianfranco Ravasi o.c. pp. 334-335: “La lección fundamental que debemos recoger de este texto que lleva del fin [como final de la vida] a la finalidad, es doble. En primer lugar es necesario estar atentos, no distraerse en las cosas, inmersos en la banalidad. Las señales que Dios disemina en la historia son minúsculas pero incisivas. (...) La lección se alarga hacia un horizonte todavía más lejano. El cristiano debe, ciertamente, estar siempre atento al presente, al silencioso paso de Dios por nuestros caminos, pero debe tener también la mirada fija en la meta futura, en la plena y perfecta redención que es el fin y la finalidad del tiempo. (...) No es fácil estar en esta cima. Muchos son tentados de cerrarse en el presente, convencidos de que es imposible ir más allá, ascender, perforar la capa opaca de nuestros días frecuentemente absurdos. Otros, por otra parte, se lanzan sólo hacia el futuro, soñando, ignorando los compromisos cotidianos, tendiendo más allá de la cima hasta caer en el engaño, en la fantasía y en la alienación fanática. El verdadero cristiano obra ahora y aquí, en la espera de que su vida florecerá en el después y en el más allá.”

- **La vigilancia que pide el Señor es fuente de la verdadera vida interior. Es la prueba de la madurez de la conciencia. Es la manifestación de la responsabilidad para**

consigo y para con los otros. A través de este modo de pensar y de actuar, cada uno de nosotros como cristiano participa en la misión de la Iglesia.

Cfr. Juan Pablo II, Homilía en la Parroquia de San Juan Evangelista, Spinaceto (18-XI-1979) – Domingo 33 del tiempo ordinario Ciclo B

Ese “velad” de Cristo, que resuena en la liturgia de hoy en este denso contenido, se dirige a cada uno de nosotros, a cada hombre. Cada uno de nosotros tiene su propia parte en la historia del mundo y en la historia de la salvación, mediante la participación en la vida de la propia sociedad, de la nación, del ambiente de la familia.

Piense cada uno de nosotros en su vida personal. Piense en su vida conyugal y familiar. El marido piense en su comportamiento con la mujer; la mujer en su comportamiento con el marido; los padres para con los hijos, y los hijos para con los padres. Los jóvenes piensen en sus relaciones con los adultos y con toda la sociedad, que tiene derecho de ver en ellos su propio futuro mejor. Los sanos piensen en los enfermos y en los que sufren; los ricos en los necesitados. Los Pastores de almas en estos hermanos y hermanas, que constituyen el “redil del Buen Pastor”, etc.

Este modo de pensar, que nace del contenido profundo y universal del “velad” de Cristo, es fuente de la verdadera vida interior. Es la prueba de la madurez de la conciencia. Es la manifestación de la responsabilidad para consigo y para con los otros. A través de este modo de pensar y de actuar, cada uno de nosotros como cristiano participa en la misión de la Iglesia.

4. El fiel no espera el fin del mundo, sino la venida del Señor. Sabe que no termina en el abismo de la nada, sino que florecerá en la plenitud. En este domingo nos interrogamos sobre algunas cuestiones fundamentales.

- Gianfranco Ravasi: “El fiel, por tanto, no espera el fin del mundo sino la venida del Señor. No espera una catástrofe cósmica sino una recreación de todo el ser en una armonía suprema, no teme el abismo de la nada sino el florecer de la plenitud y de lo eterno. En efecto, hoy en la primera Lectura, del libro de Daniel, hay un horizonte de luz que espera a los justos: «brillarán como el fulgor del firmamento, como las estrellas, por toda la eternidad» (12, 3). (...) Hoy somos invitados a interrogarnos sobre algunas cuestiones fundamentales: ¿quién somos, de donde venimos y hacia donde vamos, qué sentido tiene la vida y la muerte? Y somos empujados a encontrar respuestas no en los magos ni en los «astrólogos», o en los fanáticos religiosos, sino en el Evangelio, que nos presenta una meta con luz, conquistada, sin embargo, a través de la paciencia cotidiana, a través de la esperanza, de estar atentos, a través del amor. En aquel día, Dios «hará nuevas todas las cosas y al que tenga sed le dará gratis del manantial del agua de la vida» (Apocalipsis 21, 5-6)”. (Ravasi o.c. p. 332).

5. Sobre la eternidad.

- San Josemaría, Hoja Informativa n. 1, Madrid, Mayo 1976: “Este mundo, mis hijos, se nos va de las manos. No podemos perder el tiempo, que es corto: es preciso que nos empeñemos de veras en esa tarea de nuestra santificación personal y de nuestro trabajo apostólico, que nos ha encomendado el Señor: hay que gastarlo fielmente, lealmente, administrar bien – con sentido de responsabilidad – los talentos que hemos recibido”.

“Entiendo muy bien aquella exclamación que San Pablo escribe a los de Corinto: *tempus breve est!*, ¡qué breve es la duración de nuestro paso por la tierra! Estas palabras, para un cristiano coherente, suenan en lo más íntimo de su corazón como un reproche ante la falta de generosidad, y como una invitación constante para ser leal. Verdaderamente es corto nuestro tiempo para amar, para dar, para desagraviar.”

6. Catecismo de la Iglesia Católica: sobre los horóscopos, etc.

- n. 2116: Todas las formas de adivinación deben rechazarse: el recurso a Satán o a los demonios, la evocación de los muertos, y otras prácticas que equivocadamente se supone «desvelan» el porvenir (Cf Dt 18, 10; Jr 29, 8). La consulta de horóscopos, la astrología, la quiromancia, la interpretación de presagios y de suertes, los fenómenos de visión, el recurso a «mediums» encierran una voluntad de poder sobre el tiempo, la historia y, finalmente, los hombres, a la vez que un deseo de granjearse la protección de poderes ocultos. Están en contradicción con el honor y el respeto, mezclados de temor amoroso, que debemos solamente a Dios.
- n. 2138: La superstición es una desviación del culto que debemos al verdadero Dios, la cual conduce a la idolatría y a distintas formas de adivinación y de magia.

7. JP II: importancia del tiempo en la vida cristiana

o Tercio millenio adveniente: el deber de santificar el tiempo

10. *En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental.* Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación, que tiene su culmen en la « plenitud de los tiempos » de la Encarnación y su término en el retorno glorioso del Hijo de Dios al final de los tiempos. *En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios,* que en sí mismo es eterno. Con la venida de Cristo se inician los « últimos tiempos » (cf. *Hb 1, 2*), la « última hora » (cf. *1 Jn 2, 18*), se inicia el tiempo de la Iglesia que durará hasta la Parusía.

De esta relación de Dios con el tiempo nace *el deber de santificarlo.*

(...) En la liturgia de la Vigilia pascual el celebrante, mientras bendice el cirio que simboliza a Cristo resucitado, proclama: « Cristo ayer y hoy, principio y fin, Alfa y Omega. Suyo es el tiempo y la eternidad. A El la gloria y el poder por los siglos de los siglos ». Pronuncia estas palabras grabando sobre el cirio la cifra del año en que se celebra la Pascua. El significado del rito es claro: evidencia que *Cristo es el Señor del tiempo*, su principio y su cumplimiento; cada año, cada día y cada momento son abarcados por su Encarnación y Resurrección, para de este modo encontrarse de nuevo en la « plenitud de los tiempos ».

o Mensaje de Juan Pablo II al XCIV Congreso de los Católicos Alemanes. 23 de mayo de 2000

- **El mensaje del reloj de arena: el paso de la arena se puede semejar al paso del tiempo, que pasa y no tiene fin**

2. «Suyo es el tiempo». Me alegra que queráis tener como marco el lema que he indicado para el Año jubilar: «Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre» (*Hb 13, 8*). También el logotipo elegido es muy adecuado: habéis escogido el símbolo del reloj de arena para dar al tema del Katholikentag un significado muy preciso.

Nuestros antepasados medían el tiempo con el reloj de arena. Hoy se usan relojes digitales y de cuarzo. Vuestra ventaja consiste en que podéis medir el tiempo con extrema precisión. Sin embargo, los relojes modernos no logran transmitir un mensaje que el reloj de arena, en cambio, lograba comunicar de una manera muy acertada: la arena pasa de la ampolla superior a la inferior. El paso de la arena se puede asemejar al destino del tiempo. El tiempo pasa, tiene fin. Transcurre y termina. Es una cantidad limitada de años que se nos concede.

- **El tiempo de que disponemos es un don que Dios nos ofrece para utilizarlo, para darlo a los demás, que es dar la vida.**

3. Hace algunas semanas celebré mi 80º cumpleaños. Deseo aprovechar esta ocasión para agradecer las palabras de felicitación, los gestos de aliento y las muestras de estima que los católicos, los cristianos y los hombres de buena voluntad me han enviado desde Alemania. Los días de fiesta que organizaron en mi honor fueron, sobre todo, una ocasión para dar gracias a Dios, el Creador, porque me dio la vida. A la vez, habéis fortalecido mi convicción de que Dios da con generosidad: al dar la vida, da también el tiempo. El tiempo de que disponemos es un don que Dios nos ofrece.

De nosotros depende qué hacemos con este don. El hombre puede desperdiciar o perder el tiempo; puede malgastar o matar el tiempo. Sin embargo, también existen otras posibilidades. El tiempo se nos da para utilizarlo y colmarlo. El tiempo bien empleado es tan valioso que nosotros, a nuestra vez, podemos darlo, haciendo un gran regalo. Al dicho que reza: «El tiempo es oro», Cristo replica: «El tiempo no se puede comprar con dinero. El tiempo vale más que el oro».

Queridas hermanas y queridos hermanos, os exhorto a dar con acierto vuestro tiempo. Daos recíprocamente el tiempo: los pastores a sus parroquias y las parroquias a sus pastores, los esposos a sus esposas y viceversa, los hijos a sus padres, los jóvenes a los ancianos, los sanos a los enfermos, los unos a los otros. Quien da al otro el propio tiempo, le da la vida.

- **Tiempo y fe: Dios se ha reservado tiempo para nosotros: han entrado en nuestro tiempo mediante la encarnación de su Hijo**

4. El devenir del tiempo está muy relacionado con la fe. Dios tiene tiempo. Se ha reservado tiempo para nosotros, los hombres. Al entrar en el tiempo mediante la encarnación de su Hijo, ha llegado a ser un contemporáneo nuestro. En Jesucristo el tiempo se ha cumplido, ha encontrado su centro. En el curso del «kronos» llega la hora del gran «kairós»: «Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva» (*Ga 4, 4-5*). Dos mil años después de ese acontecimiento, tenemos motivo para regocijarnos. En este Año santo se impone la convicción de que «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre» (*Hb 13, 8*). «En efecto, la Iglesia respeta las medidas del tiempo: horas, días, años, siglos, (...) haciendo que todos comprendan cómo cada una de estas medidas está impregnada de la presencia de Dios y de su acción salvífica» (Tercio millenio adveniente, 16). Suyo es también el tiempo que le permitimos colmar. (...)

- **En el reloj de arena ésta no cae en el vacío sino en la parte inferior de la ampolla. Esta parte inferior nos recuerda las manos de Dios: recogen nuestro tiempo, el tiempo está en las manos de Dios.**

6. Queridas hermanas y queridos hermanos, de buen grado quiero volver a referirme al reloj de arena, que encierra otro valioso mensaje. La arena, que pasa de la ampolla superior a la inferior, no sólo indica el paso del tiempo; es también mensajera de la esperanza cristiana. En efecto, no cae en el vacío, sino que se acumula en la ampolla inferior. Las ampollas del reloj de arena me recuerdan las manos que Dios nos tiende. Podemos abandonarnos en ellas; recogen nuestro tiempo. El tiempo está en las manos de Dios. Todas las noches decimos en las Completas: «A tus manos Señor, encomiendo mi espíritu». Esta oración no se refiere sólo a algunas personas. Es una oración de la noche que puede reunir a todos los que, al final de la jornada, encomiendan los frutos de su actividad y de sus esfuerzos diarios a Dios, el Señor del tiempo.

«A tus manos Señor, encomiendo mi espíritu».

Dios bendice el tiempo de quien ora de este modo. (...)